

INTRODUCCION

Creemos que sólo puede haber esperanza allí donde hay escatología; de ahí que la fe cristiana sea, sobre todo, una fe escatológica esperanzada, una mirada tomada al futuro desde el presente, una actividad iniciada en el aquí, con la firme certeza de que el ahora, el tiempo actual, no agota su significado, sino que, por el contrario, todo su sentido le viene de la plenitud escatológica a la que tiende sin cesar.

Creemos también que sólo puede haber escatología bíblica, porque sólo en la Revelación bíblica se nos ofrece el concepto adecuado del tiempo como dinamismo histórico que se dirige a una meta, que puede trazar planes para un futuro, que puede en cierta medida colaborar a la realización de dicho futuro; todo lo cual contrasta —un contraste radical y absoluto— con la idea pagana de ciclos eternos e incesantemente repetidos, sin que haya posibilidades de eludir el fatalismo histórico ni esperar intervenciones de «fuera» que quiebren el curso de los acontecimientos dándoles otro rumbo. A diferencia de la idea pagana que concibe el tiempo como un círculo cerrado del que es imposible escapar, inflexible, cruelmente rutinario y siempre el mismo, el concepto bíblico entiende el tiempo como una línea recta, abierta siempre al futuro y a la esperanza. ¿Razones de este optimismo lineal? Simplemente, porque Dios interviene en la historia. Y, sobre todo, porque nos ha dicho que seguirá interviniendo finalmente tendrá la última palabra del drama humano, cuando caiga el telón tras el último acto del devenir de la humanidad.

Cristo es Señor de la historia. Esto explica que, en palabras de Pablo, «Cristo sea en vosotros —todos nosotros, los cristianos— la esperanza de gloria» (Col. 1:27).

Efectivamente, sólo puede haber escatología donde se espera algo; y es inimaginable la existencia de ninguna escatología auténtica —digna de este nombre— cuando dejamos de apoyarnos en el Señor y no prestamos ya oído a su Palabra. Es la tragedia de hombres como Bultmann, o Schweitzer, por no citar sino dos ejemplos de nuestro tiempo.

“La escatología mítica —escribe Bultmann, motejando ya de entrada la escatología como mito— está básicamente descartada por el simple hecho de que el retorno de Cristo no tuvo lugar inmediatamente, como esperaba el Nuevo Testamento, sino que la historia del mundo continuó y —como es convicción de cualquier persona razonable— seguirá continuando.” Esto lo escribió Bultmann en 1941, en su libro *El Nuevo Testamento y la Mitología*, obra que, como la casi totalidad de sus escritos, está llena de prejuicios, no sólo teológicos, sino, particularmente, históricos y se apoya en una hermenéutica hartamente discutible, como ha demostrado O. Cullmann en su libro *Historia de la Salvación*. Pero, incluso antes de que R. Bultmann negase la premonición bíblica de un final definido, y definitivo, de la historia por medio de la intervención soberana de Dios, los teólogos modernistas habían ya iniciado la sustitución de la escatología bíblica por otras «escatologías más a tono con los gustos estragados, decadentes y paganos de nuestra época. El resultado que cabía esperar, ha sido que dichas escatologías» sólo tengan de tales el nombre, porque, negada la fundamental esperanza de la acción de Dios en el mundo, no queda ya lugar para la reflexión escatológica propiamente dicha, sino que el incrédulo o escéptico queda abocado inexorablemente al concepto pagano de los ciclos cerrados y monótonamente repetidos, porque ¿dónde hallará garantías para esperar algo del futuro? La solución que aporta el materialismo dialéctico, en su intento por trascender el ineludible escepticismo de todos los existencialismos meramente humanistas, no es más que un salto en el vacío, con una credulidad fantástica, pues espera sin pruebas de ninguna clase, sin apoyo real, que la historia tenga algún sentido, basándose únicamente en hipótesis derivadas de la filosofía hegeliana, discutible como todo sistema filosófico arbitrado por la mera razón humana.

Otros, como A. Schweitzer, alegorizaron el mensaje bíblico de los «últimos tiempos», transformándolo en una actitud ética y en una radical responsabilidad ante la vida. Otros muchos redujeron la escatología a mera fraseología, refiriéndola al proceso anunciado por las teorías evolucionistas nuevo objeto de fe y esperanza laicas— o a las supuestas energías transformadoras y renovadoras, inherentes a la naturaleza humana, sin necesidad de ayudas «externas»: tal, la hipótesis de Harvey Cox.

Pero se da la paradoja de que hoy sean precisamente las gentes razonables —«cualquier persona razonable», como escribía hace treinta años Buitmann—, los científicos más eminentes, como Bernhard Philbert y Gordon R. Taylor por ejemplo, quienes nos advierten del peligro real de que el acontecer humano desemboque en un cataclismo de dimensiones apocalípticas, dentro de un previsible futuro. Poco tiempo antes de su muerte, el gran historiador A. Toynbee manifestaba su escepticismo respecto al sesgo de las civilizaciones modernas. Y un científico más cercano a nosotros, Miguel Masriera, escribía recientemente en las páginas de un importante rotativo barcelonés: «Nunca, hasta ahora, el hombre se había enfrentado con la posibilidad de una autodestrucción fulminante, y hemos de admitir que en él (en el ser humano) queda mucho de animal... El escollo está precisamente en la condición humana. Esta es la cuestión: intentar cambiar dicha condición.»

En nuestra época de crisis, cuando muchos se percatan de la situación volcánica en que vivimos, no es de extrañar el auge de la futurología, que constituye el sucedáneo laico de la escatología cristiana. A ello ha contribuido también el desarrollo de las ciencias sociales en los últimos decenios. Otro factor —sin solvencia científica, pero no menos eficaz— es la proximidad del año 2000. Se repite el fenómeno europeo del año 1000, pero esta vez a escala mundial. Los precursores fueron, sin duda, Wells, Huxley, Orweil y Clarke. Hoy, Kahr y Wiener lanzan sus hipótesis, sus previsiones y cabalas, con extrañas mezclas de análisis realista y mucho de lo que se denomina «ciencia ficción». Con algunas excepciones, se olvidan los factores imprevisibles (resurgir de antiguas religiones, nacimiento de nuevos fanatismos alienantes, de nuevas formas de pensamiento, etc.) y se proyecta hacia el futuro toda la realidad actual, multiplicada, agrandada y hasta deformada, sin apenas tener en cuenta la problemática peculiar del inminente futuro, que ya se está gestando y que traerá consigo los gérmenes de nuevas situaciones y distintos condicionamientos. A la «ciencia ficción» (mejor sería llamarla «sociología ficción») le falta la apoyatura firme, garantizada en el presente, que dé rigor a su previsión o permita alimentar esperanzas que no se basen en meras suposiciones.

La escatología bíblica puede asegurar que «Cristo es en vosotros la esperanza de gloria» (Col. 1:27), porque también puede proclamar: «El que está en Cristo, es una nueva creación; las cosas viejas pasaron, todas son hechas nuevas» ("2.ª Cor. 5:17). La espera de los «cielos nuevos y la tierra nueva», la esperanza de una nueva humanidad, se funda en el hecho de que, ya ahora. Cristo cambia vidas y transforma retazos de historia presente, y lo que está haciendo, constituye la garantía de lo que hará definitivamente al término de nuestro peripla como raza humana

El problema, con todo, para la cristiandad moderna es que ni vive con la profundidad e intensidad suficientes la nueva vida que recibe «en Cristo», ni es capaz, por lo tanto, del discernimiento necesario para ver con claridad en medio de las modas futuroológicas fuera de la Iglesia, y las no menos intensas modas apocalípticas en el interior de la misma iglesia. Como creyentes, vivimos también un periodo que se caracteriza por el auge del «opocalíptico-mo». Ello no sería grave si redundase en una mayor profundización de lo que es, y tiene que significar para la Iglesia, la escatología bíblica. Dicho profundización prestaría incluso al pueblo de Dios una visión que le permitiría un testimonio más eficaz en medio de la sociedad conflictiva y confusa de nuestro tiempo. Pero el peligro estriba en que, así como la futurología laica suele degenerar en «sociología ficción» (que, por supuesto, de sociología tiene muy poco, y lo poco que retiene desprestigia al auténtico quehacer sociológico), el actual interés por la profecía, el final de los tiempos y lo apocalíptico, tiende a derivar en lo que desde hace cierto tiempo vengo en llamar «escatología ficción».

La conciencia escatológica es vital para toda actitud genuina de fe cristiana. Jesús quería que sus discípulos vivieran y obraran en la ardiente expectación de su segunda venida, no importa cuán distante pudiera estar esta «parusía». La perspectiva de un «futuro cercano», de una rápida venida del Señor —tal como aparece en algunos (no en todos) de los textos novotestamentarios—, no priva de su contenido real a la visión profética, contra lo que parece pensar Buitmann. Más bien debe entenderse como un designio de permisión divina para que la expectación se mantenga siempre viva y para que nunca dejemos de orar y velar, en la actitud vital de espera. Una lectura atenta de los Evangelios demuestra que esta actitud de estar aprestado para la venida del Señor, en cualquier momento, forma parte integral de la existencia cristiana. Pero todo esto es muy distinto de la moderna afición por pergeñar mapas proféticos y

pretender detectar, punto por punto, los futuros detalles de los acontecimientos relacionados con la venida del Señor, hasta el colmo de llegar, en muchos casos, a fijar fechas concretas.

Como atinadamente ha escrito Peter Beyerhaus: «¡Nuestro interés cristiano por las últimas cosas tiene sus riesgos. Puede degenerar en actitudes espiritualmente insanas, como Pablo observó en la iglesia de Tesalónica. Escritores y predicadores irresponsables pueden explotar este interés para producir efectos especiales de sensacionalismo, ansiedad, curiosidad e ilusión, que de ningún modo se parecen al estado de obediente y expectante espera en la que el Señor quiere encontrar a sus discípulos cuando vuelva... Algunos grupos de creyentes van en esto tan lejos hoy, que incluso se atreven a denominarse "la última generación"; por ejemplo, ciertos componentes de la llamada "Gente de Jesús" ("Jesús People"), famosos evangelistas hacen del inminente retorno del Señor el punto clave de sus mensajes, y periodistas como Hal Lindsey consiguen "best sellers" con obras como La agonía del gran planeta Tierra... En ningún otro campo como en este de la escatología ha creado tantas facciones injustificadas el individualismo de los evangélicos; hipótesis atrevidas, especulaciones fantásticas, sensacionalismos, todo parece tener prioridad sobre la sana exégesis.

Ha faltado humildad para escuchar las experiencias —y las exposiciones bíblicas— de nuestros padres espirituales y para colocar nuestros propios esquemas, o intentos de solución, bajo el juicio corrector de otros hermanos del pasado y del presente. El individualismo ha campeado por sus fueros. Y, no obstante, el problema estriba en que ni siquiera un punto de vista férreamente fundamentalista en lo que atañe a la teología bíblica podría ayudar por sí mismo a conseguir un consenso común en todos los puntos que interesan hoy. Los textos proféticos constituyen un género literario peculiar. Raras veces pueden tomarse en un sentido estrictamente literal, como hacen muchos hoy, ignorando la clase de literatura en que están encuadrados. Conviene distinguir con todo cuidado entre la aplicación histórica del tiempo en que escribió el autor bíblico, el empleo de la imagería metafórica —tomada a menudo del contexto cultural (incluido el religioso) de la época—, y las predicciones proféticas que, a veces, van hallando su cumplimiento en diferentes estadios de la historia de la salvación.»

El aplauso con que han sido recibidos los libros de «escatología ficción», que tanto abundan hoy en muchos círculos cristianos, da mucho que pensar y ofrece material para la reflexión. Representa un Índice alarmante de mediocridad y superficialidad bíblicas.

Esto, a la larga, debilita nuestro testimonio. Porque la «escatología» de ciertos autores sólo puede suscitar el desdén de nuestros contemporáneos. Exactamente lo contrario de lo que logró la esperanzada fe de los apóstoles y la primitiva Iglesia en medio de un mundo que había perdido sus esperanzas. Pero aquella fue una fe esencialmente cristológica —como cristológica debería ser siempre nuestra escatología—, envuelta en la activa (y no escapista) espiritualidad de un ser y estar deíano de Dios, el Dios que vino, viene y vendrá.

La tarea de la teología evangélica en nuestro siglo debería ser, en primer lugar, aprender de los errores y excesos del siglo pasado. Pero, lejos de esto, se están repitiendo los mismos fallos que cometieron nuestros bisabuelos espirituales. Mucho del carácter «insano» que ofrece la actual moda escatológica a que alude Beyerhaus proliferó en la primera mitad del siglo pasado y todavía se siguen pagando las consecuencias. Con todo, hay muchos que siguen sin enterarse, dados a la temeraria, irreflexiva y arbitraria repetición de despropósitos «proféticos»...

Nuestra sección sobre «El origen y la naturaleza de la Escatología Dispensacionalista» intenta ser un correctivo y un aviso, al mismo tiempo. «Sólo quien aprende del pasado —ha dicho un escritor contemporáneo— puede evitar el riesgo de volver a tropezar en la misma piedra.»

Cualquier meditación teológica, cualquier quehacer cristiano, tiene que ser realizado con responsabilidad. Pero donde tal vez sea más apremiante esta exigencia es en el campo del estudio de las profecías bíblicas, en la escatología en general, un propósito inaplazable de las iglesias evangélicas, una tarea a la que deberían entregarse sus maestros y pastores, habría de ser la búsqueda de un mínimo consenso escatológico que, al mismo tiempo, se mantuviese fiel a los textos proféticos claros y a la exégesis avalada por la experiencia de la Iglesia y que, además,

tratase de hablar, a partir de dichos textos, al hombre moderno, a las situaciones hodiernas y a las corrientes culturales e históricas de nuestros días, en lo que pueda haber en todo ello de «señala o sentido apocalíptico; pero sin fantasías, sin dudosas hermenéuticas, sin distorsión de pasajes bíblicos, sin «ayudas» mas que discutibles (o, al menos, que no reúnen el consenso evangélico general), como puede ser la del «dispensacionalismo»

La forma arrogante con que muchos presentan hoy ciertas novísimas escuelas de interpretación (o mejor dicho: corrientes de interpretación, o aun de lectura profética), como la «única postura Evangélica», la sola «ortodoxa», la de «la sana doctrina», es verdaderamente lamentable. Y no por el daño que puedan hacer a quienes sustenten opiniones contrarias más maduras y reflexivas, sino por lo que significan de desprecio total a la realidad evangélica mundial, a la historia del pensamiento protestante y reformado, a la exégesis de los últimos siglos y, sobre todo, por la superficialidad que delatan.

Dios me es testigo de que no hubiese deseado escribir algunas páginas de este libro, por amor a la paz y por amor a muy queridos hermanos. Pero cuando la intolerancia de ciertos escatologismos a la moda se auna con la difusión de una hermenéutica falsa, de una exégesis descabellada y de una falta total de consideración a la regla de la fe (la fe que ha sido dada una vez a los santos» —Jud. vers. 3), entonces no queda otro remedio que alzar la voz, gritar si es preciso. Si permaneciésemos callados, pecaríamos contra Dios y contra nuestros hermanos.

Durante años la escatología cedió su lugar, entre nosotros, a la soteriología o a la eclesiología. En aras de la convivencia, y a pesar de los peligros que se cernían por la abundante importación de literatura mediocre, fuimos muchos los que preferimos eludir los temas proféticos, ya que había otras cuestiones doctrinales, pastorales y evangelísticas mucho más apremiantes. Pero cuando la más discutible de las hipótesis se alza sobre el pavés como obligada norma de «ortodoxia evangélica» en la interpretación profética; cuando la Biblia es despedazada en muchas porciones, asignando unas a la Iglesia y relegando otras a la «fe judía»; cuando todo tiene que ser esquematizado, simplificado, reducido y convertido en asimilable por el pragmatismo en boga; cuando la conversión —dicen— no necesita arrepentimiento, y el Sermón del Monte o el Padrenuestro ya no son de aplicación directa para los cristianos, se da uno cuenta de que lo que hay en juego es más, mucho más, que la simple diferencia de matices en la interpretación de algunas profecías, o el distinto enfoque de las varias escuelas escatológicas. Todo ello incide en una problemática mucho más amplia, que desborda a la simple escatología. Y es que el dispensacionalismo es algo más que una manera de leer la profecía bíblica, pues representa además una postura totalmente peculiar de enjuiciar la Iglesia, la ética evangélica, el lugar del cristiano en el mundo, el destino de Israel, etc., dando a todo ello enfoques y orientaciones completamente desconocidos antes del siglo XIX.

No es el debate, en torno al «milenio» lo más grave. Durante siglos la Iglesia vivió en paz con este debate en su seno; es un problema de opinable interpretación con el que podemos pechar y seguir discutiendo las varias escuelas, dentro todos de la misma confesión de fe evangélica, a pesar de los diferentes puntos de vista. El gran problema escatológico de nuestro tiempo —porque es algo más que una cuestión que afecte sólo a la escatología— es el que plantea el dispensacionalismo. Repetámos: no es cuestión tan sólo de diferencias en cuanto a detalles sobre la segunda venida de Cristo (a pesar de ser tan débiles las bases para fundamentar el llamado «arreatamiento» y convertir prácticamente en dos distintas apariciones la única postrera venida de Cristo: una segunda en secreto, y una tercera en público, después), sino que es mucho lo que supone para la comprensión de vitales parcelas de nuestra fe y de nuestro testimonio; mucho lo que significa para la predicación y la espiritualidad el descuartizar los textos y libros de la Biblia con el cuchillo rabinico desenterrado de nuevo, y que a la larga, quiérase o no, tiende a escamotearle mucho a la Iglesia; mucho de lo que le ha dado el Señor, mucha de la gloria que la Escritura reconoce al cuerpo de Cristo, para ofrecérselo a una raza por el simple hecho de ser tai raza, olvidando que Dios «hasta de las piedras puede levantar hijos a Abraham», y que la circuncisión que vale es la del corazón en el Israel de Dios.

Sin embargo, toda la energía, lodo el apasionamiento, si se quiere, que hemos infundido a esta exposición de nuestra problemática actual, no va dirigida contra personas. Nos pronunciamos por la verdad, por la claridad y por la superación de tantas superficialidades asfixiantes que nos

atosigan, pero también nos pronunciamos por el amor, la paciencia, la tolerancia y la convivencia entre hermanos de distintas conficciones en lo que respecta a cosas que, aun siendo secundarias, son muy importantes. Estamos por la fraternal relación y confrontación de los diversos puntos de vista, por el intercambio de opiniones y perspectivas proféticas. por tratar de alcanzar un mínimo consenso común en cuanto a la escatología. Estamos, en suma. tanto por el amor como por la verdad. Y no podemos sacrificar aquél por ésta, ni tampoco ésta en aras de aquél. Nos debemos a ambas responsabilidades cristianas.

Con todo, ningún tratado sobre «las últimas cosas» puede eludir rozar temas conflictivos. Este es el caso del dis-pensacismalismo. La neutralidad resulta muy difícil, puesto que o bien hacemos escatología dispensacionalista —con todas las consecuencias— o escatología no dispensacional.

Mas en todo momento hemos procurado seguir la verdad en amor; la verdad bíblica, en amor hacia todos cuantos difieran de nuestros puntos de vista.

Los hermanos que han asistido conmigo a clases o estudios bíblicos soben cuál es mi proceder habitual en lo que concierne a los temas escatológicos. Siempre expongo los distintos puntos de vista —es una regla en mí— y trato, además, de ser tan objetivo que en ocasiones ha pasado desapercibido mi propio punto de vista. Por desgracia, no todos han obrado así en lo que respecta a la interpretación profética. Yo pienso continuar por el camino habitual, para que los estudiantes hagan su propia opción. Pero al escribir este libro se esperaba no solamente la e-rposición de las varias posiciones (véase, por ej., la lección sobre el «Dsboíe en tomo al Milenio»), sino una clarificación de puntos a partir de los mismos postulados que presiden la publicación de esta colección: los principios evangélicos, reformados, bíblicos, del llamado Protestantismo histórico. Y se espera también, a partir de dichas perspectivas, la nota pastoral, responsable, que ayude no sólo a ver más claro, sino, sobre todo. a actuar más concienzudamente, eliminando todo cuanto estorbe a este marchar en los caminos de la voluntad divina, no sólo para el más allá, sino también para el más acá.

Tengo contraída una deuda de gratitud con los alumnos de mis clases que me han estimulado con sus preguntas y sugerencias; también con cuantos hermanos han seguido mis estudios en diferentes iglesias. Ello me ha permitido pensar y ahondar, más de lo Que en un principio había hecho, en ciertos temas: he podido corregir y mejorar lo que iba vertiendo en estas clases y estudios, gracias a la colaboración, el estímulo y la franqueza de todos estos queridos alumnos y oyentes. Mi agradecimiento muy sincero, asimismo, al escritor y pastor de almas, tanto como eminente erudito bíblico, D. Francisco Lacueva. Ha sido él quien más venia insistiendo para que yo escribiese el presente tratado sobre escatología. Y también ha sido él quien más ha hecho para que, finalmente, viera la luz, pues con generosa y amable solicitud ha corregido mi manuscrito inicial, ha distribuido el texto en lecciones, ha escrito los cuestionarios para cada lección y, sobre todo, me ha dado consejos y sugerencias verdaderamente enriquecedoras para el resultado final de lo que espera ser este libro. También una palabra no pequeña de gratitud para un siervo de Dios de nacionalidad inglesa, J. R. Taylor, quien desde hace muchos años sirve al Señor en tierras de América Latina, el cual también me ha suministrado generosa y amablemente una valiosa bibliografía, sin la que este trabajo habría sido mucho más difícil y menos completo. Con tanta colaboración, pues, si el lector halla algo que le defraude, deberá cargarlo a mi cuenta, y no a la de los citados hermanos que me ayudaron.

JOSÉ GRAU

Notas:

1. Peter Beyerhaus, «The Perils of Prophecy», en Christianity Today de 16-2 1973.